



Miguel Mazzeo

**Entre la reinvencción de la política
y el fetichismo del poder**

Cavilaciones sobre la izquierda
independiente argentina

Colección Apuntes para la militancia



Puño y Letra
editorialismo de base
Librería García Cambeiro

Prólogo

Quienes transitamos el largo recorrido que va desde las luchas contra el menemismo en la década del 90, pasando por la crisis de dominación que se condensó en el año 2001 con la debacle de la Alianza, hasta llegar al ciclo de reconstrucción de la gobernabilidad burguesa encarnado por el kirchnerismo, vimos nacer, conformarse y dar sus primeros pasos a un espacio político diferente. Ese espacio –autodenominado como izquierda independiente– tuvo y tiene características multifacéticas y heterogéneas, pero un norte compartido y una serie de ideas-fuerza que se engendraron desde los propios procesos de lucha, centralmente alrededor de 2001.

Esos elementos comunes no se evidenciaron solamente en la formación de distintos movimientos y organizaciones que le dieron carnadura, sino que, además, implicaron la existencia de una subjetividad militante que permeó a franjas amplias de la militancia popular, una subjetividad que excedió –y excede– los espacios más orgánicos.

Se trata de una subjetividad que prioriza la praxis por sobre las doctrinas y los programas; que recuperó de la generación del 60 y del 70, entre otras cosas, el imperativo de poner el cuerpo, de involucrarse de lleno en la acción transformadora; una subjetividad que tiene como norte principal la construcción de colectivos sociales regidos por las formas más democráticas posibles, sin renunciar por ello al desarrollo de instancias organizativas que posibiliten la transmisión de la experiencia y la continuidad de las prácticas emancipatorias; una subjetividad que camina hacia el horizonte de una sociedad sin explotados ni explotadores, pero que asume que el tránsito hacia esa utopía

se hace desde ahora, construyendo con otros valores, forjando los embriones de las relaciones sociales venideras; una subjetividad que entiende que hay que combatir todas las formas de opresión —de clase, de género, de etnia, etc.— porque entiende que las relaciones de dominación operan en todos los planos de la vida social y no sólo en el de las relaciones de producción; una subjetividad que rechaza los discursos que, en nombre del progreso, la modernidad y el desarrollo de las fuerzas productivas, destruyen los bienes comunes de la naturaleza y ponen a la humanidad a las orillas del abismo; una subjetividad que cree que la construcción de contrahegemonía es, sobre todo, la construcción de poder popular, y esto implica que las clases subalternas pasen a ser sujeto de cambio, que se constituyan como clase “para-sí”, recuperando el poder-hacer como mecanismo de cambio y empoderamiento colectivo.

Esa subjetividad se amasó en las resistencias al neoliberalismo y se condensó en distintas organizaciones que, con sus matices, le dieron cauce a esas visiones. Aunque, insistimos, esa subjetividad tendió a desbordar los límites orgánicos.

Para que se percibiera que muchas de esas perspectivas eran compartidas por otros/as, para que esas prácticas tomaran mayor similitud y cercanía fueron claves quienes, desde el mismo seno de esos espacios, contribuyeron con sus reflexiones a construir ese campo común de acción y pensamiento. Esas reflexiones le permitieron a múltiples espacios de lucha y militantes populares sentirse parte de una identidad abarcadora, aún en la diferencia.

Pocas personas tuvieron —y tienen— tanto que ver con ese proceso como Miguel Mazzeo. Fue de los primeros en plantear el socialismo como una práctica intencional, conciente, de desarrollo de formas de sociabilidad que prefiguren la sociedad venidera y de leer en esas coordenadas el proceso de muchas organizaciones que emergieron a mediados de la década del 90 y que adquirieron perfiles más nítidos en torno a 2001. Retomó la idea de poder popular de otras experiencias revolucionarias históricas, pero actualizó sus horizontes, dándole un sentido pro-

pio donde la autonomía requiere también de las luchas en y contra el Estado, donde las construcciones populares sean capaces de generar un poder propio y, a la vez, tensionar y modificar al Estado. Desde sus trabajos sistematizó y ayudó a articular concepciones comunes, atreviéndose a nombrar el conjunto como “nueva-nueva izquierda” para diferenciarla de aquella nueva izquierda que surgió priorizando la vía armada en las décadas del 60 y del 70.

Lo hizo participando y acompañando esos procesos colectivos. Como toda teoría revolucionaria verdadera, Mazzeo la erigió partiendo de la cultura, las luchas, los sueños y los deseos de los oprimidos. Es decir, una teoría surgida de las acciones colectivas de su propio pueblo y no de las reflexiones o ensoñamientos del intelectual aislado y lúcido. Si ponemos en evidencia su aporte, no es por la empatía personal o por el mero deseo de festejar procesos y reflexiones que, en su inmensa mayoría, compartimos. Se trata de dar cuenta del sentido que encontramos en su último trabajo: *Entre la reinvencción de la política y el fetichismo del poder. Cavilaciones sobre la izquierda independiente argentina*.

A nuestro entender, el texto viene a dar cuenta de una inquietud, de una preocupación que comparte gran parte de la militancia del espacio que aquí denominamos izquierda independiente. Es la sensación de que esa subjetividad, con enormes potencialidades en función de los procesos de cambio social, se encuentra en un proceso de crisis, de dudas agudas, de incertidumbres; de que toda esa acumulación se enfrenta a una encrucijada con senderos que se bifurcan al estilo borgeano y que el camino que se tome de aquí en adelante determinará si la corta parábola histórica de esa subjetividad fue tan sólo un breve florecer de primavera o un árbol que echó sus raíces por largo tiempo.

De la misma manera que Miguel contribuyó a cohesionar ese espacio y esa subjetividad, que supo dar cuenta de sus procesos y búsquedas, ahora alerta sobre los peligros que la acechan –que, por cierto, no son sólo ni centralmente externos– y que pueden amputar la riqueza de su praxis. Una vez más, no lo hace desde

la externalidad sino a partir del compromiso militante, desde la idea de que la crítica es también autocrítica realizada desde la pertenencia. No viene a justificar complacencias ni idealizaciones sino a plantear el rescate, pero también la reinención, de las concepciones que nutrieron a buena parte de las luchas y los movimientos populares surgidos a fines de la década del 90. Viene a dar cuenta de los síntomas que evidencian una crisis de identidad y a problematizar sus causas más profundas.

Podrá objetarse que esa sensación de crisis es fruto del proceso de ruptura del Frente Popular Darío Santillán (FPDS) –lugar militante que compartimos con Mazzeo– y que por ende es una mirada atravesada por una lógica internista, que no involucra al conjunto del espacio. No compartimos esa enunciación.

Permítasenos aquí una digresión. Entendemos que el lugar de organización emblemática de la izquierda independiente que ocupó el FPDS contribuyó a que sus procesos se proyectasen sobre el conjunto. La crisis del FPDS expresó y expresa discusiones que atraviesan e involucran a la totalidad del espacio y que configuran una situación de crisis de identidad más amplia. Vemos esa crisis en el desplazamiento, al menos hipotéticamente, de ciertas agrupaciones del campo de la izquierda independiente hacia una suerte de kirchnerismo tardío con la idea ingenua –o la idea oportunista, según el caso que corresponda– de establecer vínculos con la militancia kirchnerista desencantada con los últimos pasos del gobierno.

Observamos la crisis en la aparición de tendencias que ubican su principal esfuerzo en reforzar sus prácticas de antaño, sin comprender que el escenario de las relaciones sociales de fuerza es por definición cambiante y que, por lo tanto, el desarrollo de las concepciones propias debe ir acompañado de reelaboraciones permanentes para evitar el riesgo, al no repensar los contextos, de quedar subsumidos en un folklore estéril que a nadie inquieta y mucho menos al poder concentrado. La vemos en la aparición de discursos obsesionados por lo que definen como “voluntad de poder” y que, en sus enunciaciones, evidencian cada vez más que

no se refieren a la construcción de poder popular, de poder desde abajo, de poder que se construye desde y con las clases populares, sino a la vieja disputa institucional-electoral que, en los hechos, pasa a ser considerada la práctica principal.

En esencia, advertimos la crisis en la existencia, en distintos grupos del espacio, de “la política en espejo” tan afín a la vieja izquierda y que consiste en pensar la política, sobre todo, como estrategia de disputa con organizaciones afines. Se ve la crisis en aquellos que niegan, minimizan o ubican en el puro pasado la existencia de una subjetividad común. Está presente cuando se apuran discusiones acerca de la necesidad de abandonar denominaciones habituales del conjunto, como las que aquí utilizamos de izquierda independiente o “nueva-nueva izquierda”, para sustituirlas por otras denominaciones. No negamos que la tarea de identificar a la totalidad del espacio requiere de nombres que lo definan, ya no desde la negatividad, de lo que no se quiere, sino en términos más propositivos que den pistas sobre lo que se busca. Pero nos parece que una discusión sobre designaciones exige una profunda reflexión sobre los valores principales que constituyen el núcleo de la identidad del espacio. Y nos parece que esa discusión no se ha dado en plenitud y corre riesgos de ser escamoteada por fuegos de artificio que distraigan del asunto principal.

Intuimos que existen tendencias hacia la cristalización de posturas que se caracterizan por la negación de ciertas dimensiones de la disputa política que resultan esenciales para erigirse en alternativa, en proyecto contrahegemónico; que no perciben que no basta con el sector social que las propias prácticas interpelan y organizan; que no avizoran que la revolución requiere de políticas integrales que disputen en diferentes planos, todos subordinados a la estrategia de poder popular (incluido el electoral), y que necesita, incluso, de la existencia de un gobierno popular aunque el fin último no debe ser ese sino, como lo afirma Miguel, la autoorganización, la autoeducación y la autoemancipación de las clases subalternas y oprimidas.

Por otro lado existen sectores de la izquierda independiente para los que la reivindicación de las construcciones de base, las reflexiones y los discursos más característicos del espacio, se han convertido en mero recurso retórico. Pareciera existir una estrategia en ciernes –conciente o no– de formar una organización de cuadros centralizada, con alto nivel de referencialidad mediática y visibilidad pública, para desde allí capitalizar descontentos sociales y luchas populares. En este contexto, la supuesta “voluntad de poder” posiblemente esté expresando una lógica sustitucionista, un afán de representar las luchas populares como nueva clase política con vocación de presentarse como dirección del conjunto del pueblo. Sus aliados pasan a ser, en primer lugar, aquellos que conciben que las transformaciones sólo se pueden realizar desde el Estado. Todas las tareas orientadas a la transformación de las relaciones de fuerza en la sociedad civil pasan a estar subordinadas a estos objetivos. La participación en las elecciones se torna una cuestión esencial, de la manera que sea, aunque no se haga con aliados y discursos afines al espacio.

Puestos a esquematizar –lo que nunca representa la totalidad de los procesos– aparecen, por un lado, espacios de construcción de base autoreferenciales con tendencias al corporativismo y, por el otro, opciones que tienden a esencializar la participación en campos de acción fuertemente controlados por el enemigo. Ninguna de estas visiones se presenta en su forma pura. Ni siquiera nos atrevemos a afirmar que se han cristalizado hegemónicamente en determinadas organizaciones –aunque algunas las expresan más fuertemente que otras– por eso hablamos de tendencias. Se trata de escenarios en disputa, de un campo de conflictos cuyo devenir depende de diversos factores.

Aquí retomamos directamente el texto de Miguel. Su aporte va en el sentido de procesar dialécticamente esas tensiones y resolverlas a favor de una praxis revolucionaria. Desde nuestra mirada encontramos cuatro aspectos fundamentales en el texto: a) detecta y pone en evidencia la crisis de la izquierda independiente, indagando en sus causas más profundas; b) plantea, de

cara al conjunto, la pregunta acerca de qué concepción de la política es la que debe primar en la izquierda independiente; c) ubica algunos de los elementos centrales del poder popular a los que el espacio no puede renunciar si quiere seguir siendo, al menos, opción potencial de cambio; d) lee la realidad e intenta entrever las tendencias de largo plazo, los signos profundos de los tiempos, los procesos históricos en marcha y sugiere que la subjetividad de este espacio puede empalmar con esos procesos sólo si sus integrantes no se niegan a sí mismos.

Respecto a las razones profundas de esa crisis identitaria, la fortaleza de los proyectos neodesarrollistas combinada con el reflujo de las luchas territoriales —lugar de desarrollo por excelencia del espacio— aparece como un aspecto central. El ritmo más pausado de las construcciones de base se enfrentó a una dinámica de mayor fortaleza del Estado y toda una franja de activistas barriales, que acompañó el ascenso de los movimientos, se replegó hacia otros lugares. Allí emergió el signo más fuerte de una crisis identitaria: enfrentados a los límites y dificultades de la construcción propia, muchos militantes perdieron la confianza en lo que hacían. De la certeza de que era necesario encarar cambios profundos en su estrategia dedujeron que los errores incluían dejar de lado —en los hechos, no formalmente— una parte de los grandes aciertos de los movimientos en la etapa anterior. Una pérdida de confianza en los y las de abajo lleva a concebir el 90% de la actividad militante como decisiones y elaboraciones de los que vuelcan mayor tiempo al ejercicio de la política interna; lleva a entender la política como acción de núcleos con saberes especializados; a no dar determinadas discusiones con el conjunto porque: “los compañeros no entienden”, “no tienen todas las variables en su cabeza”, “perdemos eficacia y capacidad de intervención si retrasamos las decisiones”; lleva a olvidar, como nos lo recuerda Miguel, que la política tiene que ser abordada como crítica de la política; es decir, como una praxis de acción transformadora que trata de poner en tensión las funciones de liderar, conducir y dirigir.

Sostenemos esta posición, no porque partamos de los planteos horizontalistas abstractos que conducen a la impotencia las luchas populares. En toda construcción masiva resultan imprescindibles las representaciones, dado que determinadas tareas necesarias para las transformaciones sociales no surgen espontáneamente de las construcciones de base. Lo que hay que evitar es la cristalización y autonomización de estratos militantes que asumen tareas centralizadas. En ese peligro residen los verdaderos gérmenes de la cooptación y la integración, más allá de que esos procesos se den en organizaciones que reivindiquen el trabajo de base.

Contra el remedio en boga de la centralización en aras de una supuesta eficacia, Miguel propone el reaseguro de la politización de las bases, la construcción de sociabilidades no capitalistas y la política ejercida y vivida como experiencia de transformación radical que le devuelva a la sociedad civil las funciones que el Estado y el sistema le han expropiado.

Allí reside una de las diferencias estratégicas con el ciclo kirchnerista y su militancia, incluidas las organizaciones ubicadas en ese campo político de manera más crítica. Un sentido nodal del proceso kirchnerista ha sido reducir la autonomía y la intervención crítica de las organizaciones populares, supeditándolas a la razón de Estado. Llama la atención –ya que desde determinadas agrupaciones de la izquierda independiente se señalan diferencias estratégicas con el kirchnerismo– que no aparezca en primer lugar el problema de la concepción del poder. En el caso de la militancia populista, y de amplias franjas de la izquierda tradicional, la acción política siempre aparece subordinada a la lógica estatal.

La posición que reconoce como punto de partida de la lucha política a la crítica de la política no supone rechazar al Estado, sino concebirlo como relación social, como una instancia con contradicciones agudizadas por las prácticas emancipatorias, no implica rechazar la intervención electoral sino hacerla asumiendo una praxis disruptiva en ese escenario y no reproduciendo lo existen-

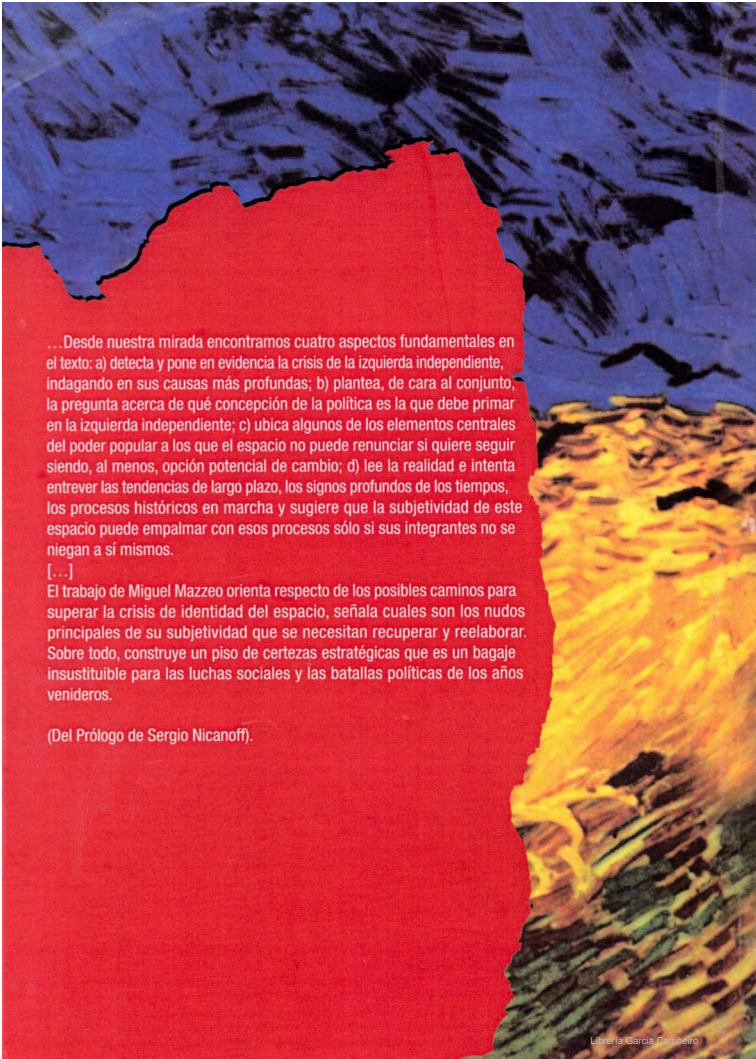
te. La intervención electoral debe reforzar y acompañar el cambio de relaciones de fuerza en la sociedad civil. Debe potenciar esos procesos y estar supeditada a ellos para no autonomizarse como vehículo de nuevas elites políticas. Algunos elementos que potencian los peligros de la intervención electoral consisten en realizarla sin preservar determinado grado (elevado) de autonomía de las construcciones de base, aceptando las mismas lógicas del sistema, sin asumir que el desarrollo de una institucionalidad antagónica a la del capital es un asunto clave. Se trata de un gigantesco salto al vacío por más explicaciones “de necesidad” y de “eficacia” que se realicen. Preservar las fuerzas principales en cualquier terreno dominado por el enemigo debería ser parte del “abecé” de toda política que se pretenda revolucionaria.

Respecto de las ideas-fuerza imprescindibles para la praxis del espacio, Miguel propone recuperar las nociones de apuesta, resistencia, experimentación y autonomía como pilares del poder popular. Las entiende como núcleo identitario desde donde encarar los desafíos de estos tiempos. Esos desafíos parten de avizorar un futuro donde el sentido profundo de los procesos no marcha hacia la hegemonía de la representación, la delegación y la gobernabilidad desde el Estado. Por el contrario, ve una separación cada vez más profunda entre las necesidades cotidianas de las clases subalternas y la capacidad de las instituciones para satisfacerlas, como lo evidenciaron –y evidencian– las inundaciones, los masivos cortes de luz, el colapso del transporte y – en un sentido menos directo– los recientes saqueos. Aunque, sin dudas, el ciclo kirchnerista significó una recomposición de la institucionalidad y de la capacidad de canalizar determinadas demandas sociales por medios intrasistémicos, esa capacidad siempre tuvo sus límites y estos se tornan evidentes en el nuevo escenario. Es por eso que es necesario evitar los polos en espejo de negación de la política o de entenderla autonomizada y como disputa de aparatos. Sólo evadiendo esos clivajes, la izquierda independiente podrá asumir un lugar central en las luchas venideras.

El trabajo de Miguel Mazzeo orienta respecto de los posibles caminos para superar la crisis de identidad del espacio, señala cuales son los nudos principales de su subjetividad que se necesitan recuperar y reelaborar. Sobre todo, construye un piso de certezas estratégicas que es un bagaje insustituible para las luchas sociales y las batallas políticas de los años venideros.

Sergio Nicanoff

Buenos Aires, enero de 2014.



...Desde nuestra mirada encontramos cuatro aspectos fundamentales en el texto: a) detecta y pone en evidencia la crisis de la izquierda independiente, indagando en sus causas más profundas; b) plantea, de cara al conjunto, la pregunta acerca de qué concepción de la política es la que debe primar en la izquierda independiente; c) ubica algunos de los elementos centrales del poder popular a los que el espacio no puede renunciar si quiere seguir siendo, al menos, opción potencial de cambio; d) lee la realidad e intenta entrever las tendencias de largo plazo, los signos profundos de los tiempos, los procesos históricos en marcha y sugiere que la subjetividad de este espacio puede empalmar con esos procesos sólo si sus integrantes no se niegan a sí mismos.

[...]

El trabajo de Miguel Mazzeo orienta respecto de los posibles caminos para superar la crisis de identidad del espacio, señala cuales son los nudos principales de su subjetividad que se necesitan recuperar y reelaborar. Sobre todo, construye un piso de certezas estratégicas que es un bagaje insustituible para las luchas sociales y las batallas políticas de los años venideros.

(Del Prólogo de Sergio Nicanoff).